

JEN WILLIAMS

Una diosa
la creó... y ella
se enamoró
de un
monstruo



LOS
INSOMNES

TRADUCCIÓN DE
PILAR RAMÍREZ TELLO

FANDOM BOOKS

JEN WILLIAMS

Una diosa
la creó... y ella
se enamoró
de un
monstruo



LOS
INSOMNES

TRADUCCIÓN DE
PILAR RAMÍREZ TELLO

FANDOM BOOKS

JEN WILLIAMS

LOS
INSOMNES

Traducción de Pilar Ramírez Tello

FANDOM BOOKS

*Para Pete, que me dio la más
inesperada de todas las historias.*



PRÓLOGO

S alía el sol y las serpientes llevaban toda la noche chillando.

La niña había permanecido despierta escuchándolas, incapaz de dormir, como todos los demás habitantes de Puerto Víbora. Había empujado la cama para pegarla al alféizar y así oírlas con mayor claridad; sus voces eran agudas y espeluznantes, un sonido que recordaba al de un dedo mojado al arrastrarse por un cristal. Puerto Víbora se encontraba cerca y dentro del mar; los canales invadían la ciudad como las venas de una hoja, y las serpientes marinas de menor tamaño habían subido por esas vías tan convenientes hasta que todos los canales reflejaban el brillo de sus escamas azules, verdes, amarillas y negras. Aquellos días, cruzar uno de los puentes de Puerto Víbora significaba arriesgarse a que unas mandíbulas dentadas te mordieran el tobillo. Las aceras que recorrían los canales eran letales de necesidad. La ciudad estaba sitiada.

Esa mañana, durante el desayuno, por el orfanato se había extendido el rumor de que los funcionarios de la ciudad habían traído una urraca de verdad para encargarse de aquellos monstruos descontrolados; una urraca devota de uno de los doce dioses, capaz de pedirle ayuda para desterrar a las serpientes. La niña miró su cuenco de gachas de avena y se preguntó qué dios sería. Quizá la Corneja Cenicienta. El dios de la muerte podría convertir a todas las serpientes en comida para gaviotas con tan solo guiñar un ojo. O la Manada, el dios de la caza, que podía

bendecir los balleneros de la ciudad con la habilidad de atrapar a esas alimañas.

En el exterior seguían los chillidos.

Por la tarde, mientras los niños se metían en las aulas polvorientas para asistir a sus clases, llegó un grupo de hombres adustos y fríos, ataviados con el uniforme de los guardias de la ciudad. Sentada a su pupitre junto a la puerta, la niña no oía la conversación entre los guardias y el administrador del orfanato, pero sí que atisbó que le entregaban una bolsita. Parecía pesada y tintineó al guardársela en el bolsillo. Cuando los guardias se fueron y el administrador le dio la espalda a la puerta, levantó la vista y se encontró con los ojos de la niña. A ella le sorprendió que el rostro del hombre, normalmente cetrino, se tiñera de rojo; después, se alejó a toda prisa. La niña se quedó mirando el suelo polvoriento que antes pisara el administrador y sintió un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza. Algo estaba pasando, y no era bueno.

Así que, cuando fueron a buscarla, no la pilló desprevenida. Ya era media tarde y los huérfanos estaban ocupados trabajando, zurciendo ropa a cambio de unos peniques. Un chico y una mujer joven entraron en el taller y examinaron a los niños durante un momento. La ropa de la pareja era tan sofisticada que los huérfanos guardaron silencio de golpe. Apenas recibían visitas, y menos de personas vestidas de seda color burdeos con hilo de oro. El chico tendría unos trece o catorce años, llevaba el pelo recogido en una trenza que le despejaba la cara y era guapo, aunque frío. Sus ojos eran de color avellana, casi ámbar oscuro, y consumían con ansia todo lo que miraban. La mujer parecía más cercana a los veinte años, y tenía la piel morena y el pelo oculto bajo un retazo de tela bordada. Ambos lucían en

el centro del pecho un broche de oro puro con forma de león al que le caían rubíes de las garras, como si fuera sangre.

La niña, que, a sus doce veranos, era la mayor de la sala, se levantó frente a su pila de ropa. Le latía el corazón demasiado deprisa y notaba el aire cargado de peligro. «Da la cara sin miedo», pensó.

—¿Quiénes son? —preguntó, ya que no había personal presente. Curiosamente, el administrador había desaparecido—. ¿Qué quieren?

—Impertinente —comentó la mujer como si no le afectase mucho. Si acaso, parecía aburrida—. ¿Es que no ves con quién estás hablando?

—Acólitos de la Garra Sangrienta —respondió ella, mirando el broche del león. Notaba que los otros niños la miraban. Se aclaró la garganta—. Es lo que supongo. Pero ¿qué quiere la Garra Sangrienta de un grupo de huérfanos?

—Esta es lista —dijo el chico, que se volvió a medias hacia la joven—. Sabes que a la madre le gusta que sean listos, Dalesh.

La niña parpadeó. ¿Acaso aquellos dos eran hermanos?

La mujer dejó escapar un gruñido.

—¿De qué sirve un sacrificio si no pierdes nada con él? —dijo en un tono que daba a entender que se trataba de algo repetido muchas veces—. A nuestro señor le gusta que su comida le suplique con elocuencia, no solo que sus chillidos sean deliciosos. —Dalesh suspiró—. Pero nos pidió que los observáramos a todos. La madre nos ha encargado una tarea importante.

—Bah, no pasa nada —dijo el chico, que agitó la mano para espantar las preocupaciones de la mujer como si fueran moscas—. Tengo un buen presentimiento. Y ya sabes que la madre confía en mis presentimientos.

—Vale —respondió la mujer haciendo una mueca.

—Entonces, está decidido. —El chico sonrió, aunque era una expresión dura y quebradiza, sin calidez alguna, y le hizo un gesto impaciente a la niña—. Tú, vamos. No tenemos todo el día. Te vienes con nosotros.

La niña dio un paso atrás. A su alrededor, los otros huérfanos habían retrocedido, como si temieran que su destino se les contagiara si se le acercaban demasiado.

—No voy a ninguna parte con vosotros. —Cerró los puños—. El administrador no puede vender niños. Esto no es una aldea de mala muerte por la que podáis pasearos y llevaros lo que os dé la gana. Esto es Puerto Víbora. —Respiro hondo—. Tendréis que sacarme a rastras.

El chico suspiró.

—Si insistes...

Bajo el sol de verano, el aire vibraba con el sonido de las serpientes. Los miembros de la Guardia de la Ciudad se llevaron a la niña a rastras por las estrechas calles, procurando evitar los canales más grandes hasta llegar al Despeñasco, una enorme roca natural que sobresalía del lecho marino al final de Puerto Víbora. A lo largo de cientos de años, la ciudad había construido su puerto alrededor de la piedra. Le habían tallado escalones y colocado una plataforma lisa en la cima. Antaño, los ancianos de la ciudad habían usado el Despeñasco para vigilar por si llegaban piratas y saqueadores; en ocasiones especiales, la gente se casaba allí, y los días de festival se lanzaban flores al agua desde la plataforma. Cuando la niña llegó a la piedra, estaba rodeada de una multitud de lugareños. Guardaban silencio y la observaban a ella o a la figura que estaba encima de la piedra. La niña apenas la distinguía. El sol brillaba con fuerza detrás de aquella persona, fuera quien fuera, y la convertía en una estatua de sombras.

—¿Qué está pasando?

Había hecho la misma pregunta una y otra vez por todas las calles, en distintos tonos de indignación y miedo, acompañada por todas las palabrotas que conocía, pero ninguno de los guardias había respondido. Al llegar a la piedra, el chico de ojos crueles y la mujer llamada Dalesh tomaron el relevo.

—Hoy has recibido un gran honor —dijo el chico, que la cogió del brazo y empezó a subirla por los escalones. Era más alto que ella y no le costaba moverla. Dalesh caminaba al otro lado, sujetándola aún más fuerte—. Pronto conocerás a la madre Maura, una de las magas más famosas de toda Tlevrae. Qué suerte, ¿eh?

—¿Una urraca? —La niña se echó hacia atrás para intentar zafarse de ellos—. ¿Me estáis llevando ante una maldita urraca?

Dalesh le dio un apretón fuerte en el brazo.

—Te recomiendo que no digas eso delante de la madre —respondió sin alzar la voz—. No aprueba ese apodo. Si no le muestras respeto, te arrepentirás.

—Aunque no durante mucho tiempo —añadió el chico, medio riéndose.

Ya habían llegado a lo alto del Despeñasco. El mar se extendía ante ellos, de un azul oscuro intenso a lo lejos, pero de agitadas aguas blancas y verdes bajo la piedra. La figura dio un paso adelante y alargó una mano pálida con uñas rojas para agarrar la muñeca de la niña. Ella sintió que la abandonaban las fuerzas. Allí estaba completamente indefensa.

—¿Es esto lo mejor que habéis encontrado? ¿Una granujilla andrajosa? Esto no es más que un aperitivo para nuestro señor. —La voz de la mujer era profunda, como el ronroneo de un animal grande y mortífero—. Darle algo que

no lo satisfaga es peligroso. No debería tener que recordároslo.

La niña hizo acopio de valor para levantar la cabeza y mirar a la mujer cuyas uñas se le clavaban en la carne. Era alta e imponente, con pómulos marcados y una cascada de pelo caoba que le bajaba por la espalda, en parte suelto y en parte recogido en todo tipo de trenzas. Un solo mechón blanco le partía de la sien y se perdía entre el caos de su cabello. Vestía túnica escarlata y en la frente lucía una banda dorada con una garra de rubí engarzada en el centro. Sus ojos eran de un penetrante verde amarillento.

—Es la elección adecuada —decía el chico, que rebosaba confianza—. Estoy bastante seguro, madre. Es atrevida y lista, y una fierecilla. No es una pusilánime. Si se le permitiera continuar con su vida, no me cabe duda de que haría algo importante. ¿No cree que eso le parecerá delicioso a nuestro señor? Ofrecerle tanto potencial... Será más que suficiente para alimentar el hechizo.

—Eso lo decidiré yo —le espetó la madre Maura mientras arrastraba a la niña hasta el borde del Despeñasco. Bajo ellas, las serpientes de mar se retorcían presas de un frenesí famélico, y el sol les arrancaba destellos dorados y plateados a sus escamas—. ¿Las ves, niña? —preguntó la madre Maura, que frunció los labios al asomarse al borde—. Sucias alimañas jih. Sucios monstruos. Llevan semanas interrumpiendo el comercio de la ciudad. Por no mencionar las vidas perdidas. Once muertos, creo recordar. —La mujer sonrió, dejando al descubierto unos dientes blancos y perfectos—. Once vidas que solo han servido para llenarle la tripa a una sierpe. Un despilfarro. Pero tú, mi querida niña, vas a salvar la ciudad. Servirás para algo. Cuando las serpientes te hagan pedazos, mi señor devorará y saboreará tu vida, y después me entregará a mí las migajas de su poder para desterrarlas.

La niña abrió la boca y se obligó a formar la palabra que deseaba decir.

—Suéltame.

La madre Maura se rio. La agarró por la pechera de la camisa y la puso tan cerca del borde que notaba el vacío a su espalda. La maga se inclinó hacia ella con el brazo estirado y la niña tembló de pies a cabeza. Lo único que la mujer tenía que hacer era soltarla, y ahí se acabaría todo, caería al mar como un guijarro lanzado con indolencia a un estanque. Miró detrás de la madre Maura y vio que los acólitos lo observaban todo con atención. Dalesh parecía algo incómoda, como si aquello le resultara de mal gusto, pero el chico estaba embelesado; se le notaba el entusiasmo en los ojos.

—Mi señor, la Garra Sangrienta —decía la madre Maura, cuya voz se alzaba por encima del rugido del mar y los chillidos de las serpientes—, acepta esta vida llena de potencial, disfruta de ella y concédeme tu favor.

La mujer se vio envuelta en un halo, como la neblina provocada por el calor en una carretera durante un día asfixiante. A Maura le brillaron los ojos como si fuera un gato y, por un momento, a la niña le dio la impresión de que había algo más con ellas; algo enorme y poderoso que apestaba a sangre.

—¿Cómo te llamas, niña?

—Elver.

Por un momento, la niña se preguntó si decir su nombre la salvaría de algún modo; si, una vez dejara de ser anónima, la maga le demostraría piedad.

La mujer se rio.

—Adiós, Elver.

La madre Maura la soltó y la niña cayó al mar.

Tras la horrenda sensación de caer a la nada, se golpeó contra una masa de cuerpos duros y fríos. Fue como si el mar mismo hubiera desaparecido; había caído en un país hecho de serpientes, una tierra sólida de siseos y escamas que parecían monedas de plata batida. A Elver se le cayó una sandalia, vio sangre en el agua, y después sintió un dolor inimaginable en el vientre. Una enorme serpiente de mar amarilla la rodeaba con sus mandíbulas y le clavaba los dientes largos y punzantes en la carne. No había ni aliento ni espacio para gritar. Al cabo de otro segundo, tiraban de ella hacia abajo, la sumergían en el mar negro y los cuerpos retorcidos, y la luz moteada del sol se alejaba de ella; el mundo humano quedaba atrás.

«Estoy muerta —pensó—. Estoy muerta».

Sin embargo, de repente, algo distinto empezó a fluirle por las venas, algo frío y oscuro que se comió la sangre roja y la sustituyó por veneno. Los párpados le temblaron un par de veces con un extraño escalofrío que le recorrió el cuerpo justo cuando exhalaba su último aliento. Al abrir de nuevo los ojos, se le reveló la vida interior del mar en una titilante aureola de colores, y la enorme cabeza de la serpiente amarilla flotaba frente a ella. Cuando la criatura habló, su voz le sonó dentro como si fuera una campana.

—Bienvenida a casa, mi niña venenosa.

CAPÍTULO I

Cinco años después

Las campanadas del alba que brotaban de la Torre Dorada de la Mañana Perpetua sonaban tan fuerte que te pitaban los oídos; tan fuerte como para despertar a los muertos. Y así debía ser, dado que era de vital importancia que todos los insomnes que habitaban el monasterio en aquel momento estuvieran completa y absolutamente despiertos.

Y, de repente, Artair lo estaba.

Se despertó como siempre, sentado muy recto en una silla, frente a la ventanita con barrotes de su celda, sin recordar ni haberse sentado allí ni haber movido la silla. El otro lo había hecho. La taza de arcilla que usaba para beber agua y té estaba destrozada, hecha añicos en el suelo. Por la mancha de humedad de la pared de yeso, supuso que el otro la había lanzado en uno de sus salvajes ataques de ira.

Hizo una mueca al notar el dolor de siempre en la espalda (aunque fuera por una vez, le habría gustado que el otro se hubiera pasado la noche en la estrecha cama, en vez de paseándose por la habitación o sentado en la silla) y se levantó, se estiró y se lavó la cara en la palangana de agua fría. Llevaba despertándose al alba desde niño y estaba acostumbrado al estricto horario de la Torre Dorada. Aun así, miró con anhelo la cama, con sus mantas y su almohada sin tocar. Quizá pudiera tumbarse un momento y

descansar hasta que el hermano Benzin hiciera la comprobación matutina... Sin embargo, los insomnes solo podían tumbarse y descansar en las horas asignadas a tal efecto. Al fin y al cabo, siempre había la posibilidad de que el otro apareciera. Si eso sucedía, era imposible predecir el resultado.

Un recuerdo oscuro, siempre al acecho, le asomó a la consciencia: el olor asfixiante del humo, el sabor a carne quemada en el aire... Artair se echó más agua fría en la cara para ahuyentar los pensamientos.

—La torre se sustenta en la vigilancia —murmuró.

Había un espejito encima de la palangana de agua, aunque estaba combado por los años y un poco desteñido en una esquina. Artair se miró en él y se buscó en la cara algún rastro del otro, como hacía casi todas las mañanas. Parecía imposible que unos segundos antes otra persona hubiera estado mirando a través de sus ojos castaños, que otra inteligencia hubiera movido sus labios para sonreír, fruncirlos o gritar. Su rostro seguía resultándole familiar: una nariz larga y recta, mandíbula fuerte y una fina cicatriz que le cruzaba la ceja derecha (no resultado de la violencia del otro, sino de un accidente con los bastones de madera con los que entrenaban los novicios por las tardes). Unos ojos castaños le devolvieron la mirada, con la combinación habitual de curiosidad y determinación. Tenía el pelo oscuro revuelto y enredado, como si el otro se hubiera pasado la noche alborotándolo, pero eso podía arreglarse con un peine y un cepillo. Al menos, esta vez no se lo había arrancado a tirones.

—¡Buenos días, Artair! —saludó el hermano Benzin, asomándose a la pequeña abertura de la puerta. Era un hombre amable y rubicundo de barba gris que siempre llevaba la túnica blanca de la orden manchada de hierba.

Cuando era posible, Benzin prefería trabajar en los huertos y jardines—. ¿Estás con nosotros?

Artair se presentó ante la puerta para recitar el verso del día. Cada día recibían uno distinto, de modo que los hermanos y las hermanas del monasterio supieran con certeza con quién trataban.

—El pez plateado nada a donde quiere, el tejón escarba hasta donde la colina lo lleve.

—Sí, sí, bien. —La puerta se sacudió cuando Benzin la abrió con las llaves que llevaba colgadas del cinturón—. Es un poco simple para mi gusto, pero la hermana Rosea ha recibido un libro de poemas nuevo de una tienda de Puerto Víbora y me temo que está encantada con él. —La puerta se abrió y el hermano Benzin se hizo a un lado—. Prepárate para más combinaciones estimulantes de gato y pato o, no lo quieran los Doce, río y frío. Madre mía, cómo tienes el pelo. ¿Una noche movidita?

Artair sabía que no era una pregunta de verdad. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a saber lo que hacía el otro? Pero se ruborizó de todos modos.

—¿Salía mucho ruido de mi celda?

El hermano Benzin se encogió de hombros y después le dio una palmadita cariñosa en el hombro.

—Salen ruidos de todas las celdas todas las noches, mi querido amigo. No le des más vueltas. Tras tus meditaciones y ejercicios matutinos, quiero que me ayudes en los huertos. ¿Te parece bien?

Cuando Benzin se marchó para seguir con su circuito por las celdas de la torre, Artair regresó a su habitación, mojó el peine y se pasó unos cuantos minutos intentando domarse el pelo. Tenía una sombra de barba en la mandíbula, pero todavía no la suficiente como para acudir a la hermana Rosea para que lo afeitase; las cuchillas afiladas estaban expresamente prohibidas en las celdas de

los insomnes. Después de hacer todo lo posible por estar presentable, barrió los restos de la taza rota y depositó los fragmentos en la mesita de madera de la esquina de la habitación. Fue entonces cuando vio que se había usado uno de los trozos afilados de arcilla para grabar un mensaje en su superficie. Las palabras eran toscas e irregulares, como si el autor solo hubiera tenido unos minutos para escribirlas, en vez de una noche entera.

DÉJAME SALIR

—Nunca —dijo Artair. Recorrió con los dedos las palabras grabadas y pensó: «Esto lo han hecho mis manos»—. No te dejaré salir nunca.

CAPÍTULO 2

Elver rompió el hielo verde de la superficie del estanque con el pie descalzo y saboreó el frágil crujido que produjo al meterse hasta los tobillos. Por la noche había llegado una ola de frío y, en aquella zona más profunda y oscura del Bosque de los Jih, raro era el día que no se congelaba algo. Se metió más adentro y dejó que el agua negra helada la envolviera hasta el pecho. Desde que la Reina de las Serpientes había sustituido su sangre por veneno cuando era pequeña, el agua fría no le molestaba demasiado. Ahora era una jih, un espíritu monstruoso en el bosque de los monstruos, y había pocas cosas en el mundo natural que la incomodaran.

En medio del estanque, que era uno de los lugares acuáticos ocultos más pequeños del bosque, había una isla destartalada hecha de juncos, barro y sauces llorones atrofiados. Se dirigió despacio a ella, ya que no quería asustar a sus residentes, pero ellos estaban más en sincronía con el bosque que Elver, incluso. Apenas llevaba recorrida la mitad del camino, una cabeza erizada asomó por el matorral de juncos. Unos ojos enormes lanzaron unos destellos de luz verde azulada que iluminaron brevemente la isla.

—Hola, no te preocupes, soy yo —le dijo en voz baja Elver—. Solo he venido a ver cómo estaban los cachorros. ¡He traído regalos!

Levantó la bolsa que llevaba en la mano, y la criatura que la observaba dejó escapar un silbido grave de

satisfacción.

Por su silueta, se diría que el keltraxia era una especie de zorro grande, con un hocico largo y cola peluda, pero, al verlo de cerca, se descubría que tenía el cuerpo lleno de diminutas escamas azules, salvo en los puntos en los que le crecían unas plumas rojas y naranjas. Esas plumas cubrían las orejas, así que parecían pequeñas llamitas, y de ahí procedía el nombre que le daban los humanos: oídos de fuego. A Elver le parecía un nombre estúpido. La Reina de las Serpientes la había informado de los nombres verdaderos de todos los espíritus jih del bosque.

En el agua que la rodeaba, percibía el movimiento de otras criaturas: ranas, peces y serpientes de agua, pero también espíritus jih, seres con los que compartía un vínculo de hermandad. Algo con aletas de gasa plateada y ocho ojos rojos le rozó la pierna y desapareció en un instante. Elver levantó más la bolsa y siguió andando.

La orilla de la isla estaba rodeada de un denso lodo negro que tuvo que cruzar valientemente hasta llegar a lo que, siendo generosa, se podría tildar de tierra firme. Justo al otro lado del muro de juncos, musgo y brezo veía un enorme nido de barro y palos, y, sobre él, a la hembra de keltraxia. La criatura abrió la boca y sacó la lengua para probar el aire, y las largas plumas escarlata de las orejas se abrieron como un pájaro al alzar el vuelo.

—Puedes olerlo desde el otro lado del bosque, no me cabe duda.

Elver dejó la bolsa en el suelo, junto al nido, y la abrió para que la zorra pudiera meter dentro el hocico. Los caracoles dama verde solo se encontraban en la otra punta del bosque y, como sabía lo mucho que les gustaban a los keltraxia, siempre procuraba recoger una buena bolsa cuando pasaba cerca. Mientras la zorra masticaba y olisqueaba la bolsa, Elver se asomó con cuidado al borde

del nido. Dentro había un huevo todavía sin eclosionar y tres cachorros de keltraxia con aspecto de estar muy sanos. Como acababan de nacer, tenían más plumas que escamas, pero habían abierto los ojos, que les brillaban con una versión más suave de la luz de su madre. Elver alargó una mano para tocarlos. El más cercano le pegó el hocico a la palma y se la lamió con la lengua, que estaba muy áspera.

—Están muy bien —dijo, pero miró de nuevo el huevo y sintió que perdía un poco el buen humor—. ¿No debería haber eclosionado ya?

La zorra se volvió hacia ella y bajó las ardientes plumas de las orejas.

«Esa no —dijo la keltraxia con la voz que solo Elver podía oír—. Está fría e inmóvil, y no tiene la fuerza suficiente para romper el cascarón».

Elver asintió. Lo entendía (no todo lo que vivía en el bosque medraba), pero le parecía injusto. Desde las laderas meridionales del bosque, en las estribaciones que marcaban el principio de las montañas, se veían las carreteras que conducían a Puerto Víbora, y por ellas pasaba un flujo continuo de vida humana: viajeros, comerciantes, nómadas. Llegaban con carros y caravanas, a caballo o a pie. Había seres humanos amargando el mundo por todas partes, pero aquella cachorrita de keltraxia ni siquiera había tenido la oportunidad de nacer.

«Nos la comeremos —continuó la zorra—. Cuando los demás sean lo bastante mayores para digerirla».

Elver hizo una mueca. Se pasó las manos por el pelo (que era blanco como la nieve desde que la mordió la Reina de las Serpientes) y se apartó del nido. La zorra se le acercó y apoyó brevemente la cabeza encima de la suya; un saludo entre iguales.

«Los caracoles están ricos. Gracias, hermana humana».

—Ya no soy humana —respondió ella—, pero de nada, amiga mía.

Elver había construido su propio hogar junto a otra fuente de agua: el gran Lago de la Serpiente, que se encontraba en el centro del Bosque de los Jih. Había encontrado una cabaña de cazadores abandonada al borde de la arboleda y, con el tiempo, la había transformado en su refugio. Había una cama de pieles y plumas, donada por unas criaturas amables y torpes llamadas kartesh, unos monstruos con el cuerpo fornido y peludo de los osos, pero con el rostro aviar de los búhos; estaba el espejo que le había llevado un roch, un pájaro enorme con cuatro alas imponentes. Sobre un único estante guardaba su querida colección de libros robados a los viajeros o encontrados por otros espíritus jih que después se los llevaban a ella porque sabían que su hermana sentía predilección por el hábito humano de la lectura. En el lago pescaba peces, se lavaba y bebía, y de vez en cuando encontraba mensajes de la Reina de las Serpientes. En contadas ocasiones, la diosa en sí aparecía y su enorme forma dorada recorría las aguas verdes. Elver no era maga (ya que la Reina de las Serpientes no tenía ninguna), así que no podía llamar a la diosa ni pedirle favores, pero, al ser un espíritu jih, pertenecía al pueblo de la Reina y, por tanto, a la diosa le gustaba visitarla. A Elver le daba la vaga impresión de que la diosa sentía un interés especial por ella desde que la salvara del sacrificio en Puerto Víbora. La idea la incomodaba, como si todo formara parte de un tapiz más grande del que ella solo veía una esquinita. Sin embargo, sabía que la Reina la había traído de vuelta de entre los muertos, mientras que la gente de Puerto Víbora estaba deseando lanzar a una niña al mar para salvar el pellejo, y eso era razón más que de

sobra para ganarse su lealtad. Entonces pensó, como solía hacer a menudo, en la maga de pelo rojo que la había sacrificado a un dios hambriento. Los humanos eran falsos, egoístas y sanguinarios. No necesitaba más compañía que la de los jih.

Se tardaba una hora en regresar andando al Lago de la Serpiente desde el nido de los keltraxia. Elver se movía por el bosque como una criatura nacida allí, deslizándose en silencio entre los matorrales, fijándose en los rastros, marcas y canciones de las aves y los animalitos. Se detuvo a la orilla de un arroyo cuando pasaba un platynus, un monstruo gigantesco cuya cabeza de reptil se alzaba sobre las copas más altas del dosel arbóreo. Le veía el enorme costado, con músculos grandes como troncos que se tensaban y relajaban bajo la piel curtida de color morado y amarillo.

Cuando llegó al lago, se quitó la ropa (una mezcla de prendas encontradas y cosidas por ella misma) y se lavó a toda prisa en el agua para quitarse el lodo negro de los pies. Una vez seca y vestida de nuevo, se dirigió a su hogar destartalado con la idea de recoger su arpón de pescar y atrapar algo para la cena. Si hubiera peces en abundancia, podría empezar a reservar algunos para el largo invierno, que empezaba a soplarle en la nuca con su aliento frío.

Sin embargo, mientras recogía el arpón, le llegó un olor acre que se le pegaba en la lengua.

Humo de leña. Un fuego humano encendido con un toque de otra cosa, puede que aceite.

Elver se volvió y, al otro lado del lago, vio un punto de luz amarillo mantecoso y una fina voluta de humo negro que asomaba por encima de las copas de los árboles. Sentada junto a la fogata había una figura con la cabeza gacha, mirando algo que tenía en el regazo.

«Intruso».

Sintió que le hervía el veneno de las venas. Un sucio ser humano allí, en aquel lugar que consideraba su hogar.

Dejó el arpón junto a la cabaña, cogió su cuchillo y se lo guardó en el cinturón. En vez de seguir el lago por el borde, se internó entre los árboles y lo rodeó hasta ver la silueta humana recortada contra el agua verde. Era una mujer de mediana edad, con extremidades largas y delgaduchas, que lucía un sombrero de ala ancha. Había una espada tirada en la arena, a sus pies, todavía dentro de la funda. El pelo de la intrusa era corto y, desde su posición privilegiada, Elver le veía la piel de la nuca. Con tan solo apoyar su mano fría y pálida en ese punto, la mujer se arrepentiría rápidamente de haber entrado en el Bosque de los Jih...

Pero no bastaba con eso.

Salió de entre los árboles, pisó con descuido la hojarasca otoñal y vio, satisfecha, que la mujer humana se volvía, sorprendida, y abría mucho los ojos. Se imaginó lo que veía: una chica de diecisiete años de una palidez alarmante con una melena blanca, ojos amarillos, y una hilera de cicatrices azuladas en el cuello, el hombro y el brazo, los puntos en los que le había mordido la Reina de las Serpientes. Una chica monstruo vestida de cuero, hueso y plumas, con un cuchillo en la mano. Por supuesto, no sabría que el cuchillo era la menor de sus preocupaciones.

—¿Quién eres?

Curiosamente, la mujer no hizo ademán de coger la espada.

—Soy la guardiana de este bosque —respondió ella, caminando sin miedo hacia la humana. Estar tan cerca de uno de ellos le aceleraba el corazón—. Y tú no eres bienvenida.

La mujer se levantó poco a poco. En el suelo, detrás de ella, había un petate muy usado y una taza de lata

maltrecha con sopa.

—He oído hablar de ti. Se supone que el fantasma de una chica merodea por este lugar. Pero no eres un espíritu. ¿Vives aquí tú sola? ¿Cómo sigues viva?

Elver se rio.

—Este es mi hogar. Aquí nada me hará daño. Pero tú has cometido un grave error, humana.

—Escucha —dijo la mujer, que levantó las manos despacio, con las palmas hacia fuera—, no soy más que una viajera. Pasaba por aquí de camino a otro lugar. No es necesario...

—¿Creías que podrías pasar sin más por el Bosque de los Jih? —Hizo una mueca y, por primera vez, la mujer pareció inquieta—. Para los humanos, todo es un camino a vuestro servicio. Todo se merece que lo piséis. Un escarabajo pelotero tiene más sentido común que vosotros.

—Bueno, bueno —respondió la mujer, frunciendo el ceño—. No pienso permitirle esa actitud a una renacuaja como tú. Te has vuelto loca por pasarte tanto tiempo aquí sola. —Elver, asombrada, vio que daba un paso adelante y alargaba un brazo como si pretendiera acercarla al fuego—. Necesitas comer algo caliente y darte un buen baño, y puede que entonces aprendas a hablar a tus mayores con más respeto.

—Eres tú la que debe mostrar más respeto.

Tomó el brazo de la mujer y le tocó la piel con la palma extendida de la mano. La viajera dio un respingo, como si le hubiesen mordido, y fue tan fuerte que se le cayó el sombrero y dejó escapar un chillido. Elver le vio la huella de su mano en el brazo, cuya piel empezaba a ampollarse, y la desconocida cayó de rodillas junto a la fogata. Se le habían puesto los ojos en blanco.

—Te lo he dicho, humana estúpida. ¿Cómo se te ocurre hablarme como si fuera una niña perdida. El bosque de los

monstruos es mi hogar?

Se arrodilló para tomarle el pulso a la intrusa. Estaba allí, aunque leve y acelerado. Cuando apartó la mano, otras dos marcas moradas con la forma de la punta de sus dedos aparecieron en la piel de la mujer. Se limpió la mano en el fondillo de los pantalones. Tocar humanos la hacía sentirse sucia, pero peor todavía era la dolorosa curiosidad que le despertaban. ¿Cómo sería tocar de forma segura a un ser humano? ¿Qué se sentiría al tocar a alguien que no retrocedía de dolor y horror? Había perdido hacía tiempo el recuerdo de aquella sensación. «Ya no eres humana —se dijo con vehemencia—. Y nunca volverás a serlo».

—No estás muerta —le dijo a la mujer inconsciente—, que ya es más de lo que te mereces.

Aunque habría sido fácil acabar con ella. Bastaría un contacto algo más prolongado con su piel venenosa o, si no le importaba ponerlo todo perdido, el cuchillo se encargaría del trabajo.

Al levantar la vista, vio que otro de los habitantes del bosque de los monstruos la miraba desde los árboles. Los pisalientos eran unos de los espíritus jih más habladores, y a este lo conocía bien.

«Saludos, guardiana del bosque. ¿Es uno de los tuyos?».

Elver notó que el calor le erizaba el vello de la nuca, pero se tragó la irritación como si fuera una piedra afilada.

—No es en absoluto de los míos. Pero, ya que estás aquí, ¿me harías un favor?

El pisaliento avanzó a rastras. Una vez fuera de las sombras, se veía que era una especie de caracol bípedo de tamaño humano cuyas extremidades se movían con paso vacilante. El caparazón bulboso de la espalda era una enorme espiral.

«Puede».

sabía que tenía por ojos y, comparado con los demás objetos, era deprimente, le faltaba su propia luz interior. Maura alargó la mano y le recorrió el hocico con el dedo. Incompleto.

—No estás terminada, Madre.

Se volvió al oír la voz y el cabello blanco le cayó sobre los hombros. Había un zorro de los colores del otoño sentado en la arena, observándola.

—Tú. —Maura sintió el calor blanco de su odio acumulándose en el pecho, alimentando su poder. Levantó una sola mano, en la que llevaba un orbe lleno de magia hirviente—. Esto es cosa tuya.

—Por favor —dijo Tisk, que hizo una pausa para rascarse la oreja con una de las patas traseras, entornando los ojos de placer—. Todo esto te lo has buscado tú sola. No tiene nada que ver conmigo. Y si ahora vas a ser uno de nosotros, Madre, tienes que seguir nuestras reglas. No luchamos en los lugares sagrados.

Contra su voluntad, el poder se apagó en su mano tan deprisa como había llegado.

—¿Por qué estás aquí? —le espetó al zorro—. ¿Por qué te has involucrado en todo esto?

Tisk agitó la cola, lo que era el equivalente a encogerse de hombros.

—Te entregué todos los dones que pude, Madre, y tú los tiraste a la basura. Algunos dirían que fue un desperdicio. Un insulto. Aun así, estaba dispuesto a olvidarme de ti. Hasta que me topé con los flecos de tu plan. ¿De verdad no te bastaba con el mecenazgo de dos dioses, Madre?

—Ya sabes que no. Y sabes por qué.

—No les va a gustar —repuso él, señalando con la cola los avatares de los otros dioses—. ¿Cómo crees que reaccionarán estos seres tan antiguos, Madre, cuando una

mortal ocupe el lugar de uno de los Doce? Intentarán detenerte.

—Que lo intenten. No tengo nada que perder.

—Todo lo contrario, has ganado muchísimo. ¿Y has conseguido todo lo que deseabas?

—Si tengo que reducir a cenizas a todos los dioses, si tengo que ver morir a todos los niños de Tlevrae para que me devuelvan a los míos, lo haré.

—¿Acaso no te oyes? Suenas como una loca. —Tisk resopló como si aquello le hiciera gracia, pero a Maura le pareció detectar miedo bajo la bravata. Ella era algo nuevo, algo a lo que los dioses no se habían enfrentado antes, y hacían bien en temerla—. Y osas hacerte llamar Madre.

Como no respondía, el zorro empezó a desaparecer como una sombra ante la luz del sol de color marfil. Maura lo vio marcharse y después contempló un buen rato la arena en la que había estado sentado.

Estaba pensando en Lucian, que albergaba en su corazón un poder que le pertenecía a ella por derecho propio. Era un mago sin señor, un semidiós atrapado en el cuerpo de un mortal.

No debería costarle mucho encontrarlo.

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento enorme a Emma Jones por su entusiasmo por este proyecto y sus excelentes correcciones; cada uno de sus comentarios contribuyó a que este libro fuera mucho mejor. Gracias también, como siempre, a Juliet Mushens, sin duda la mejor del negocio y una gran amiga; todo el mundo debería tener la suerte de contar con una persona en su vida capaz de mirarla a los ojos y decir: «Puedes hacerlo». Estoy en deuda con los equipos de First Ink y Wednesday Books por el mimo con el que han tratado a *Los insomnes*, y menuda suerte que he tenido con las dos extraordinarias cubiertas: mi más sincero agradecimiento a Pablo Hurtado de Mendoza y a Tom Roberts por su increíble trabajo. ¡Mis desastrillos han quedado muy guapos!

Mi familia sigue siendo mi roca (aunque no sean conscientes de ello), y debo dedicar un agradecimiento especial a mi madre, que toleró (puede que incluso soportó) mi repentina mudanza al oeste el año pasado. Ha sido una época loquísima, por decirlo suavemente, y los sospechosos habituales me han mantenido cuerda; gracias, Andrew, Den, Boo, Adam y Jenni.

Sospecho que nadie quiere escuchar una historia de amor en los agradecimientos, ni siquiera en los agradecimientos de una novela de romantasy, así que resistiré el impulso salvo para decir que es una suerte

enamorarse justo cuando necesitas escribir de forma convincente sobre estas cosas. Así que creo que mi agradecimiento más sentido va para Peter Newman, no solo por ser la persona más dulce que conozco, sino también un escritor de gran talento cuyas primeras reacciones a *Los insomnes* me resultaron increíblemente valiosas. No podría haberlo escrito sin ti, cariño.